

RELIGION Y PATRIA

Fundado en el año 1906

Gijón, junio de 1958

Núm. 1.072

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Preco de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discipulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Teif. 3988
GIJÓN

EL HEROE

SE llamaba Magno de apellido, y sus padres cayeron en la mala tentación de ponerle Alejandro de nombre. Nació, pues, a la vida con un compromiso difícil de cumplir.

Porque la heroicidad es planta difícil de cultivar en nuestros días. Todos los dragones y gigantes que antaño guardaban a las bellas princesas han sido jubilados... En la guerra misma los hombres se matan a cañonazos desde lejos, sin elegancia y sin arrojo. Recuerdo a este propósito las melancólicas palabras de Napoleón, escribiendo a Decres: «He llegado demasiado tarde: ya no hay nada grande que hacer. Alejandro, después de haber conquistado el Asia, se llamó hijo de Júpiter, y todo el mundo lo creyó, salvo Aristóteles y unos cuantos pedantes de Atenas. En cambio si yo me declarase hijo del Padre Eterno, me silbarían al paso. No queda nada grande que hacer.»

Sin embargo, don Alejandro Magno y Pérez (que así se llamaba) cumplió lo mejor posible con la difícil sugestión de su nombre y apellido. Estudió la carrera militar, y enseguida que salió de la Academia pidió ser destinado a África. Nuestra campaña en aquellas tierras, que andaba entonces en su más crudo período, no era precisamente una gesta épica, pero era al menos, el único sitio donde se podía realizar una hazaña de discretas proporciones que justificase en algo su nombre.

Alejandro Magno pensó enseguida en la cruz laureada. La cruz laureada es hoy día el signo más representativo de la heroicidad. Bordada en sedas de colores sobre un frac es una cosa respetable que se ve desde lejos y puede despertar bellos comentarios al entrar por el pasillo de un teatro, buscando su butaca en una función de gala. Alejandro Magno, se aprendió de memoria el Reglamento de la Cruz Laureada, que concreta minuciosamente las diferentes clases de hazañas o acciones distinguidas en que tal recompensa puede ganarse.

Desde el primer día, pues, en que salió al campo Alejandro Magno, no bien empezaba la operación, se ponía a espiar flemáticamente si se daban las condiciones necesarias para cumplir con algún artículo del Reglamento de la laureada. En medio de la operación se ponía a recitar con tono escolar:

—«Artículo tercero. El Capitán que en campaña se viere cercado por el enemigo... No, me sirve. A ver el cuarto. Tampoco; no estamos en «plaza sitiada». ¡Qué lástima!

Y así día tras día, se veía obligado a renunciar a la gloria por falta de ocasión. Hasta que, al fin, una tarde sintió el escalofrío del momento épico. El general que mandaba la operación opinó de pronto que era conveniente que un teniente con varios hombres se adelantase a tomar una pequeña eminencia, desde la cual los moros tiroteaban el flanco derecho de la columna. La eminencia tenía un nombre bello y sonoro: *Guad-el-Haman*. Alejandro soñó con el futuro remoquete glorioso en las crónicas de sociedad: «El bizarro teniente Magno, el héroe de *Guad-el-Haman*». Un poco largo pero no estaba mal del todo. Y Alejandro Magno se cuadró ante el general ofreciéndose como voluntario para la escaramuza. Otorgado el permiso, el teniente añadió unas palabras

—Sólo le ruego, mi general, que no deje de mirarme con los prismáticos mientras realizo el movimiento.

—¿Para qué, pollo?

—Para que pueda usted, luego, declarar como testigo en mi expediente para la laureada. Porque sospecho que voy a incluirme en el párrafo segundo del artículo tercero.

Y enseguida saludó, giró sobre los talones y salió con sus veinte hombres hacia el montecillo.

Llegado al pie de *Guad-el-Haman*, Alejandro improvisó una arenga sobria y lacónica como un párrafo de Tácito:

—¡Agallas, muchachos; muchas agallas!

Aquella invocación produjo un efec-

to mágico. Los soldados se lanzaron como leones monte arriba entre una lluvia de balas, Empezaron a caer algunos. Alejandro Magno, que sabía que el Reglamento exige para la concesión de la laureada un determinado número de bajas que garanticen la dureza de la operación, se sorprendió a sí mismo contando instintivamente:

—López, uno; el Moreno, dos; Padilla, tres...

De pronto, sintió remordimiento de estar haciendo aquella cuenta salvaje. Creyó percibir en sí, un inconsciente movimiento de alegría ante cada baja. Desechó el mal pensamiento y procuró aturdirse en la refriega. Pero fatalmente, e inevitablemente, la cuenta inhumana le perseguía como una obsesión:

—Jiménez, cuatro; el rubito de Málaga, cinco...

Alejandro Magno estuvo verdaderamente heróico. Saltó, brincó y vociferó como un energúmeno. Preso de una «sed de sangre enemiga», les gritó a los moros, pensando enfurecerles más, cosas sublimemente absurdas. En medio del cerrillo, moviendo los brazos como un molino de viento, aseguró que Mahoma fué un farsante y que el Corán es inferior a las aventuras de Rocambole. No había hecho más que sentar esta segunda afirmación temeraria cuando recibió un balazo en el cuello.

.....
Cuando volvió en sí en el hospital se apresuró a preguntar detalles del fin de la operación. El cerrillo de *Guad-el-Haman* había sido tomado. Habían muerto en la operación los soldados exigidos por el Reglamento. El que completaba el número justo había estado en el hospital luchando entre la vida y la muerte. Al fin, cuando ya parecía que iba a salvarse, se le había infeccionado una inyección y se había muerto como un hombre de bien. Alejandro Magno, todavía muy debil susurró:

—Artículo tercero, párrafo segundo...

Efectivamente, pocos meses después, la «Gaceta de Madrid» publicaba la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando al teniente Alejandro Magno. Alejandro sonrió con satisfacción y se dirigió en seguida a una tienda de útiles de escritorio, condecoraciones y ornamentos de iglesia. Allí pidió una lau-

reada en miniatura para el ojal. El tendero sacó varias cajitas con algodones rosas y preguntó:

—¿Esmalte legítimo o imitación?

Alejandro Magno pensó un momento en el fin de mes y contestó con melancolía y prudencia:

—Imitación.

Desde entonces Alejandro Magno fué, además, el «héroe de Guad-el-Aman». Unida a la sugestión del nombre, la del remoquete glorioso, Alejandro se vió rodeado de una atmósfera de gloria suficientemente densa.

La sociedad elegante que gusta tener en sus salones, además de ollas de cobre, personas ilustres, se disputaba el honor de invitarle. Y Alejandro Magno iba, venía, sonreía y saludaba. De vez en cuando escuchaba las invariables preguntas:

—¿Y cómo ganó usted la laureada?

El héroe hacía un gesto de evasiva y elegante modestia, y enseguida empezaba con tono de aburrida salmodia, el relato cien veces repetido.

—Era el 3 de agosto. Día de San Dalmacio, lo recuerdo. Los moros hostilizaban nuestro flanco derecho desde el cerrillo de Guad-el-Haman...

Pero un día, en un antepalco de la comedia, fué la voz de oro de la condesita de Encinares la que le hizo la consabida pregunta. Chuchi Encinares era una de las muchachas más ricas, más elegantes y más neurasténicas de Madrid. Alejandro Magno comenzó su invariable relato. El estaba acostumbrado a que, durante él, su interlocutor lo mirase sin pestañear y le escuchase absorto. Pero aquel día pudo advertir una novedad deliciosa: Chuchi Encinares le miraba sin pestañear, pero no le escuchaba.

—¿Qué pensaba Chuchi Encinares? Pensaba, indudablemente, que entre los dos o tres cosas elegantes que existen en el mundo figura, además de tener un «Rolls» hacer un viaje al Nilo, el casarse con un héroe.

Pocos meses después, Chuchi Encinares y Alejandro Magno cumplieron todos los requisitos necesarios de toda boda aristocrática: Los casó un obispo e hicieron el viaje de novios en automóvil, conduciendo ella. Hecho ésto, volvieron a Madrid, se instalaron en su nueva casa, se sentaron uno enfrente de otro y se dijeron:

—¿Qué hacemos ahora?

Aquel mismo día empezó a pensar Chuchi Encinares que el casarse con un héroe era la más arriesgada y dificultosa de todas las formas de bodas románticas. Y sentó sobre esto una pequeña teoría: la heroicidad es una cosa momentánea y episódica. El héroe tiene que vivir toda su vida de la estela de un minuto. Porque se puede ser poeta o violinista a toda hora, pero no se puede ser héroe todos los días. Era una dificultad en que no había pensado. Si se hubiese casado con un artista ilustre, por ejemplo, podría renovar cuando

quisiera la gloria y la originalidad de su boda, pidiéndole que tocase el piano o que cantase el «Ay, ay, ay». Pero no era posible pedirle a Alejandro, cada día que volviese a subir al cerrillo de Guad-el-Haman.

Aquello era una contrariedad seria. La hazaña de Alejandro Magno se alejaba y se esfumaba por días. El relato del hecho estaba ya oído por todos, y la insignia del ojal se había puesto ya un poco negra por la humedad y el tiempo. Y Chuchi, encendiendo un cigarrillo, lanzaba cada día con un leve maullido, la afirmación terrible:

—Alejandro, me aburro...

Y Alejandro, más gordo cada día en su pijama de rayas azules, se asomaba inquietamente al balcón. Vivían en la calle Serrano, número 40. ¿Cómo se puede ser un héroe en la calle Serrano número 40?

Así pasaron tres años difíciles y largos. Tres años grises para el héroe, sin una mala bofetada, sin un vuelco de automóvil, sin encontrar jamás uno de esos niños providenciales que en las novelas se meten debajo de las ruedas de los tranvías para que los salven los hombres valientes.

Y fué entonces, después de tres años, cuando una noche, en la oscuridad de su alcoba, Alejandro Magno oyó la dulce voz de Chuchi:

—Alejandro, he oído ruido en la biblioteca.

—¡Ole!

Esta contestación de Alejandro fué automática e impensada. Enseguida se sentó en la cama y sonrió. Por primera vez después de muchos años, volvía a encontrarse en el ambiente propio de un laureado. Se vistió el pijama con una lentitud forzada. El hombre que ha subido al Guad-el-Haman tiene que acometer con una cierta elegante indolencia una insignificante aventurilla nocturna, casera. Alejandro Magno, ante la impaciencia de Chuchi, encendió un cigarro. Luego se limpió una mancha del pijama. Alejandro «se adornaba», como los matadores en los toros fáciles.

Al fin sacó un revolver de la mesilla de noche. Encendió el mechero para alumbrarse y salió hacia la biblioteca.

No bien entró en la biblioteca, la temblona llanita del mechero le explicó la minúscula aventura. Sobre el brazo de una butaca estaba encaramado un gato negro. Debía haberse pasado por el balcón de la casa de junto. Indudablemente, antes de subirse a la butaca había tirado una lámpara portátil que estaba en el suelo. Entonces, Alejandro Magno se preguntó qué debe hacer un héroe cuando encuentra un gato en su biblioteca. Y comprendió que un héroe en esas circunstancias dispara su revólver al aire. Inmediatamente sonó un tiro. Cayó un jarrón de porcelana y el gato desapareció como por milagro. El laureado se apresuró a volver a la alcoba.

Chuchi estaba pálida, temblona, acu-

rucada en un rincón. Apenas tuvo voz para preguntar:

—¿Qué ha sido?

Alejandro era un hombre de honor. Jamás había mentido a su mujer. Pero no tuvo valor para pronunciar la palabra seca y desilusionadora: un gato. No podía ser. Se limitó a mirar a su mujer con una sonrisa larga, serena, magnífica.

Pero Chuchi, sugestionada por el ambiente, creyó ver en aquella sonrisa una trágica reticencia. Abrió desmesuradamente los ojos, cogió una mano a su marido y preguntó arrastrando las sílabas.

—¿Un hombre?

Alejandro contestó con aplomo:

—Dos.

Os aseguro que Alejandro era un hombre de honor. Su contestación fué automática, instintiva, superior a sus fuerzas.

Chuchi, al oírla, dió un grito y se abalanzó a su marido. Le palpó angustiosamente el pecho y los brazos.

—¿Estás herido?

—No, el puñal apenas me pasó rozando el hombro derecho.

Cuando Alejandro se dió cuenta de lo que había dicho, ya era tarde; dicho estaba. Repito por tercera vez que era un hombre de honor... ¡pero hacía tanto tiempo que no veía en los ojos de Chuchi aquella mirada de interés y angustia!

Dicha aquella frase, el paso estaba dado. No había más que dejarse deslizar suavemente. Alejandro se sentó a los pies de la cama, y con un aplomo olímpico empezó a narrar como había hallado dos hombres en la biblioteca. Llevaba gorra, pañuelo al cuello, alpargatas. Al llegar aquí, Alejandro dudó un minuto y tragó saliva. Pero enseguida continuó con osadía... y antifaces. Luego contó como se habían arrojado sobre él, cómo habían pretendido amordazarle, cómo había sostenido a uno de ellos echándole al cuello una «llave japonesa», mientras disparaba con la otra mano; cómo habían huído por el balcón, cómo

Llevaba ya más de diez minutos amontonando detalles trágicos, cuando advirtió que Chuchi, con el mismo delicioso gesto de distracción que la primera vez que le conoció, ya no escuchaba. Miraba en el espejo su rostro pálido con la melena en desorden. ¿Dónde había visto ella una expresión igual? ¿A Greta Garbo en «Orquídeas salvajes»?

Iba ya a amanecer cuando Chuchi tomó una taza de tila con unas gotas de agua de azahar y se retiró a dormir. Antes de retirarse le tiró un beso a su marido con la punta de los dedos y le llamó Alejandrillo.

Este, al quedarse solo, sonrió con satisfacción. Quitó la hojilla del almanaque y la leyó con atención. Preparaba el futuro relato que había de sustituir al ya gastado de la subida al Guad-el-Haman:

Era el once de septiembre, día de San Felipe Martir, lo recuerdo perfectamente. Serían las tres de la noche..... Y saboreó, al volver a meterse entre las sábanas, la dicha de tener asegurado tres o cuatro años más de paz conyugal.

José María Pemán

A Cristo Sacramentado

En las débiles ondas del aliento
que al temblar de mis labios sale afuera,
va la palabra gracil y ligera,
llevando por el mundo el pensamiento,

Nace, crece, propágase en el viento,
en él se multiplica de manera
que en cada oyente se la encuentra entera.
sin que sufra el más leve detrimento.

Y es verdad que a un tiempo en sitios varios
vestido de cuerpo el verbo humano
cruza invisible las etéreas ondas.
por qué dudar, Señor, que en los sagrarios
(de tu infinito amor sublime arcano)
tu cuerpo y sangre por mi bien escondas!

No me importa, Jesús, si no te veo,
pues con los ojos de la fe te he visto;
Tú eres Hijo de Dios, Tú eres el Cristo
a quien adoro, en quien espero y creo.

Ramón M. Vinuesa

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Los Evangelios fueron escritos para dar testimonio de la verdad por aquellos que fueron testigos de vista de acontecimientos de tanta trascendencia en la vida de Jesús de Nazaret.

Estos, contados por cuatro personas distintas, con estilos diversos y puntos de vista coincidentes en las narraciones, fueron la más clara señal de su verdad, imposible de poner en duda.

Su lectura conforta, anima, eleva el espíritu y llena el alma de admiración al oír las certeras palabras de Cristo, ante la pregunta insidiosa de los fariseos, ante la ingenua expresión de las almas que le buscan con afán para saciar un deseo de amor y de perfección, y las admirables exposiciones de su doctrina, tan clara, tan persuasiva y convincente, que los perversos callaban en su presencia, los ansiosos de luz, se abrían a la esperanza, como se abrían los ojos del ciego de nacimiento, como

se abría el alma a la fé y la esperanza.

El pobre, el enfermo, el triste, vieron en las palabras de Jesús el rayo de luz que iba a iluminar su vida oscurecida por la pena y el dolor, el consuelo de su vida ante la doctrina redentora llenaba un vacío que el mundo habíales negado con egoísmo. La religión encontraba en las palabras del Maestro la exacta interpretación de sus principios. No era la interpretación reglamentaria y fría de la Ley religiosa, era la expresión clara y lógica de quien había dictado unas leyes con el corazón lleno de amor a la humanidad, señalando el camino de la perfección hacia su reino.... que no era de este mundo.

Los innobles, los perversos, los maliciosos, los egoístas, no querían escuchar las palabras de amor que Jesús de Nazaret dejaba llegar al corazón de todos los hombres de buena voluntad. A ellos no les convenía que el mundo dejase de ser como era, en el cual un pequeño grupo de explotadores vivía a costa de la miseria de los demás, imponiéndoles unas leyes injustas, en beneficio propio, negándoles el derecho a la libertad y a la vida.

Jesús de Nazaret, señaló el derecho de todos y las obligaciones de los poderosos del dinero y de la autoridad, y el mundo de los pobres, de los necesitados, vió clara la luz del Evangelio y comenzó a comprender la verdad de una doctrina que les presentaban con torcidas interpretaciones.

Los Evangelios, ayer y hoy, siguen siendo la esperanza de un mundo que a veces se tambalea en medio de la tormenta que la pasión, el odio y las pasiones humanas, hacen temblar por la maldad de algunos. Pero son siempre las palabras de Cristo, sencillas, claras, por todos comprendidas, las que vuelven al mundo la paz, la esperanza y la alegría de saber que Dios está al final, esperando con los brazos abiertos a todos los que siguen sus mandatos, sus consejos, y confían en su gran justicia y su misericordia, en medio de las luchas humanas.

En los momentos de depresión,

LA PRENSA es la gran palanca movilizadora de la opinión pública. Para que la prensa de la Iglesia cumpla su finalidad, debe ser técnicamente perfecta, con servicios y medios adecuados.

Aporta tu contribución espiritual y económica en el

**«DIA DE LA PRENSA
E INFORMACION
DE LA IGLESIA**

29 de Junio

leamos algún capítulo de la vida de Jesús de Nazaret. En cualquiera de ellos encontraremos palabras de ánimo y de consuelo. Ello nos dará fuerzas para adivinar en todas las cosas de este mundo la mano de Dios vigilante, y la mirada de misericordia de quien un día, trágico para la humanidad, allá en Palestina, Dios, hecho hombre, ofreció su vida en terrible suplicio, por amor a todo el género humano.

Que este sacrificio de Dios por todos, nos sirva de esperanza para, mejorándonos, confiar en que un día, sus brazos abiertos nos recibirán en el reino de los cielos.

... Y ya en la cruz, extendidos sus brazos y mirando a lo alto, exclamaba: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen».

R.

«ID. Y ENSEÑAD»....

Pero, para enseñar, hacen falta medios.

Por eso la Iglesia pide oración y ayuda el 29 de Junio.

«DIA DE LA PRENSA

E INFORMACION

DE LA IGLESIA

Comentando

De turismo por la ciudad de Toledo

Empeñado en «hacer turismo», como ahora se dice, hice desde Madrid una escapada a la heroica ciudad de Toledo.

Llevaba dos objetivos: visitar el Alcázar y contemplar la famosa pintura del Entierro del Conde de Orgaz. La primera, era una obligación de conciencia, un rendir homenaje a los héroes de la patria. Lo segundo, era una manía de típico turismo, ya que es obligado, con interés o no, el ver cuadros de prestigio nacional, ya que las fotografías sólo nos dicen algo, sin decirlo todo.

Visité el Alcázar. La impresión era «a la española», fuerte, incomprensible a los ojos extranjeros, pero que revelaba un carácter, una fé y un patriotismo al estilo de nuestra patria.

Repasando esa página de la Historia, llegamos a la creencia cierta de cuantas cosas fuimos aprendiendo a través de la Historia. No hubo exageración, en Numancia, ni en Sagunto, ni en la Plaza de Tarifa, ni en el dos de mayo, más recientemente, pues en nuestra guerra, el heroísmo era tan normal, tan espontáneo, que casi dejaba de tener caracteres de hecho extraordinario. Los españoles son así. Cuando las circunstancias se presentan, van frente a la

muerte, con la naturalidad con que van al acto rutinario de todos los días. Y eso los extranjeros no lo comprenden. Son más calculadores en sus actos, y con miedo o sin él, no se arriesgan, si en ello no trae como consecuencia beneficios prácticos para la patria o para la colectividad. En España, el instinto nos dice que el acto heroico producirá sus frutos, como la semilla... que recogerán los que vienen detrás.

La juventud escuchará la lección de aquel superviviente del Alcázar, que explicaba, con la indiferencia de quien oye una página más de la Historia de España, tan llena de acontecimientos extraordinarios, que no les asustan. Pues si algún día, la patria les reclama, volverán a ser numantinos, o del Alcazar de Toledo, o caballeros románticos del ideal, entregando su vida como la entregaban aquellos jóvenes alferoces provisionales, sin jactancia, sin alarde, con elegancia, a la española.

Después, recorriendo aquellas calles, tortuosas, arabescas, de encrucijada, que no se parecían en nada, a las pistas de Barajas, llegamos a la Capilla donde se admira la famosa pintura mural del entierro del Conde de Orgaz, previo paso por la «aduanas» del turismo.

A la entrada, alguno preguntó: ¿qué hay aquí? Y el humor nacional replicó:

—El entierro del Conde de Orgaz.

—¿Lo llevan ahora?

—Si. Pero no van más que los íntimos.

Y se fué tan tranquilo, el turista, porque él no le conocía y en verdad, ni siquiera habían puesto mesa para las firmas.

SUSTITUTO

“Religión y Patria”

Periódico de propaganda católica.

COMO EN TIEMPO DE LOS APOSTOLES, PERO CON MEDIOS MODERNOS

Siempre la Iglesia se ha valido de la palabra escrita para la predicación, para el panegirico, para la orientación y para la defensa de su doctrina.

Pero esa palabra escrita requiere que se pongan a su servicio los medios más eficaces y los más modernos adelantos.

«A nadie se le ocurrirá, como es lógico, que haya perdido actualidad y eficacia ni que pueda ser sustituida la predicación oral. Pero así como los Apóstoles recurrieron a la palabra escrita, además de la enseñanza oral, así también hoy, cuando la técnica y los modernos adelantos han puesto a nuestro alcance unos medios de difusión de indiscutible eficacia apostólica, no podemos los católicos ignorarlos y dejarlos en manos de los enemigos de nuestra fe. Es tarea inaplazable y que a todos incumbe.»

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

Antigua Funeraria

— DE —

Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 Telf. 17-20

GIJON

Arbués



Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)